



DON MIGUEL ARTIGAS

Miguel Artigas

(1887-1947)

En momentos de gran amargura llegó a mis oídos la noticia de la muerte del amigo: cuando sonaba el timbre del teléfono, se oían en cercana habitación las graves y solemnes palabras del sacerdote de Cristo que invitaban a mi dulce compañera, madre de mis hijos, a repetir por tres veces el tremendo “Señor mío Jesucristo, yo no soy digno...”, con que la liturgia católica quiere prevenir al enfermo fiel para recibir el mejor Viático para el más desconcertante viaje. Miguel había muerto, y yo no había podido rezar materialmente ante su cadáver. A la mañana siguiente, tras terrible noche pasada aplicando los medios que la ciencia moderna tiene para levantar el ritmo a los corazones que decaen físicamente, nuestro Director, que tenía inaplazable necesidad de ausentarse, me confiaba la honra de que fuera yo quien dijera a la Real Academia el elogio del compañero desaparecido. Intentaré trazar su semblanza, rogándoos antes perdón por la pobreza del retrato.

Conocí a Artigas allá por el año 1911, cuando los dos aspirábamos a ingresar en el Cuerpo de Archiveros, y nos atosigaban los temas del extenso y nada fácil cuestionario de las oposiciones. El procedía de la Universidad de Salamanca, donde había estudiado como becario de Colegio Mayor, y en cuyas

aulas había adquirido la gran dosis de humanismo, que sería la base de toda su actuación literaria. Lo que no sabe casi nadie, y lo digo porque ya todos los componentes del Tribunal han desaparecido, es que Artigas estuvo a punto de quedarse sin plaza. Su inexperiencia de la vida oficial, como la mía y la de tantos otros, le había dejado sin orientación respecto al juicio que sus actuaciones merecieran al Tribunal, y esperaba, alegre y confiado, la plaza merecida. Y cierto día, Francisco Almarche, compañero muy querido, valenciano, y que más viejo que nosotros era más ducho para andar por el mundo, me vino a decir, lisa y llanamente, que Miguel no figuraba en la lista de los candidatos posibles para aprobar: él lo sabía por informaciones del escribiente del Tribunal, valenciano también, y de quien se había hecho muy amigo, acaso no tan desinteresadamente como podría presumir el administrativo. Le expusimos veladamente la situación a Artigas, que logró en seguida tener un valedor cerca del Tribunal para no ser sorprendido en la turbamulta de los condenados al fracaso. Y entró en el Cuerpo de Archiveros, a la sazón dirigido por Menéndez y Pelayo, en julio de 1911.

Exigían entonces los reglamentos del Cuerpo que los oficiales del mismo sirvieran en provincias algunos años, y a Sevilla fué a parar Miguel, como yo a Toledo. Y después, como Artigas sabía su alemán y sentía juvenil curiosidad por los estudios clásicos, tuvo una pensión para estudiar en Alemania, y en la Universidad de Jena le cogió el estallido de la primera guerra mundial. Su viaje de retorno desde allí por Austria e Italia, sin medios económicos y con el mundo aquel en armas, hubiera podido dar ocasión a una nueva *Ulysea* del humanista moderno.

Entre tanto había muerto D. Marcelino y había legado a su ciudad natal la única obra de que él estaba medianamente satisfecho, su biblioteca. Y había mandado en su testamento que la rigiera un Bibliotecario del Cuerpo Oficial que él había dirigido, a quien se le exigiría saber griego y alemán, entre otros varios idiomas modernos y clásicos. Artigas, atraído por el honor de dirigir la biblioteca del gran maestro moderno de España, se retiró a Santander y tuvo que ordenar aquellas riquezas. Podemos figurarnos fácilmente la emoción con que iría recogiendo los papeles venerables del maestro, con que iría clasifi-

cando y ordenando científicamente los libros que el autor de tantos libros había manejado, con que iría guardando la abundante correspondencia literaria de D. Marcelino; y podemos también imaginarnos el dolor —varias veces me lo ha contado— con que vió desaparecer ciertas cartas de letra femenina por el fundador de la Biblioteca recibidas, condenadas al fuego por el hermano de D. Marcelino, que pensaba que estos escritos no habían de contribuir a aumentar la gloria del autor de los *Heterodoxos*. Nosotros nos explicamos esta actitud; la condenamos como eruditos, y nos consolamos pensando que, cuando hubiera pasado el plazo prudencial de limitación para dar a conocer estas cartas, ya no las hubiéramos podido saborear; pero es indudable que la silueta humana del escritor, que va tomando ya caracteres de mito, se hubiera podido verificar mejor con estos documentos, que el flamante bibliotecario de Santander, no lo gró salvar del fuego terrible, encendido por el cariño fraternal.

Organizada la Biblioteca de Menéndez Pelayo, Artigas supo contagiar de su entusiasmo por las letras a los doctos montañeses y formó, con la entusiasta ayuda de varios de ellos, la “Sociedad de Menéndez Pelayo”, cuyo fin primordial era mantener vivo el fuego sagrado de las letras patrias alrededor de la figura señera del más genial crítico de nuestra historia literaria. Y para que no quedara reducido a una especie de tertulia provinciana, le dió ámbitos nacionales e internacionales, fundó un *Boletín de la Sociedad de Menéndez Pelayo* (1919), donde fueron colaborando las más prestigiosas firmas de España y del extranjero, y por cuyo aliento salieron varios volúmenes de obras que contribuyeron poderosamente al conocimiento de la literatura patria.

Y en el calor de aquella Biblioteca, durante los largos meses invernales en que la actividad diaria no estaba interrumpida por las gárrulas visitas de pseudo-investigadores veraniegos, Artigas preparaba pacientemente obras de empuje, que habían de llamar la atención de los doctos. Cupo la gloria a nuestra Academia de tener la ocasión de premiar el estudio sobre *Don Luis de Góngora* (1924), escrito con la ponderación que pudiéramos llamar académica. Ni el Góngora “ángel de tinieblas”, que había sido el tormento de D. Marcelino, ni el Góngora que la reac-

ción de las escuelas vanguardistas ponía por encima de todas las cabezas iluminadas por el brillo de la poesía. El Góngora de Artigas nos parece el más humano, el más cercano a lo que probablemente fué en la vida; el Góngora que puede reconstruirse con los documentos que poseemos y que Artigas no dejó de manejar en ningún caso que llegaron a su noticia. "Veremos —me decía cuando andaba ocupado en la impresión del libro—; creo que no va a gustar a tirios ni a troyanos." Visto hoy, a distancia ya de casi un cuarto de siglo, hemos de reconocer la serenidad con que Artigas llevó a cabo su obra, cualidad respaldada con el premio de nuestra Academia.

Los mejores días de su vida los pasó en Santander. ¡Cuántas veces él, y cuántas más su esposa han echado de menos, en el tráfigo de esta vida madrileña desconcertadora, los días tranquilos y apacibles de Santander! Allí había tiempo para todo. Mas no siempre puede estar el hombre trabajando en su villa tusculana. Y Artigas fué llamado a regir la Biblioteca Nacional, cuando el que fué maestro y amigo de todos nosotros, D. Francisco Rodríguez Marín, se jubiló por edad de la dirección de aquella casa.

Ya estaba la vida madrileña por aquellas calendas (1930) revuelta por las primeras convulsiones que habían de conducir a la tragedia. Artigas supo gobernar con tino y con tacto especiales aquella casa, en la que no faltaban exaltados, como aquel bibliotecario que el día 11 de mayo de 1931 le formuló una protesta por escrito al encontrar en el edificio un piquete de la Guardia Civil, considerándolo como una "intromisión del poder público" en el fuero de la libertad del pensamiento, y que hubo de calmar su indignación al saber que la fuerza pública había ido allí llamada por el Director, que no creía inoportuno tener alguna defensa cuando en Madrid ardían iglesias y conventos, incendiadas por turbas de mozalbetes desharrapados.

Artigas, colaborando lealmente con el Patronato creado para ayudar a resolver el problema de la Biblioteca (y oyéndome está su digno Presidente, que todavía lo es para el afecto de sus compañeros de entonces y de luego) inauguró una nueva etapa en la marcha del edificio, y dió un dinamismo juvenil a la marcha de los servicios, con la implantación de alguno nuevo,

tan interesante y necesario como es la creación aparte de la Sala de Lectura general, que descongestiona de lectores de obras modernas, y permite dedicar mayor atención a la misión fundamental de la Biblioteca, la de ser Museo bibliográfico español.

Elegido Académico en el año 1933 vino a colaborar en nuestras tareas en 1935 con entusiasmo y decisión. Pero no tardó en llegar el gran interrogante de 1936.

El Alzamiento Nacional nos cogió a los dos en la provincia de Teruel, perdidos en las masadas de la Sierra de Cedrillas él, en la de Albarracín yo. Sierras en las que no tardaron en pulular enemigos. Tan tranquilo estaba él en Formiche, que cuando lo llamaron de Teruel con urgencia, porque los siniestros resplandores del gran incendio se notaban mejor en los centros más comunicados, ya no pudo utilizar la carretera porque habían cortado uno de sus puentes estratégicos. Tan tranquilo estaba yo en mi Santa Croche, que hubo de llegar el principio de septiembre y hube de oír una conversación rústica sobre los que andaban con los rojos para salir de mi absurda creencia de que nadie sabía la existencia de aquellas soledades donde "por mi mano labrado tengo un huerto", "del monte en la ladera".

Y Artigas, como yo, y como tantos otros, supimos lo que era la categoría social del "refugiado". Y supimos de la caridad de los parientes y de los amigos. Y ofrecimos voluntarios nuestros hijos para que lucharan por nuestra causa, que era la de la España eterna, condenada a desaparecer. Y después, en Zaragoza —siempre en la calidad de "refugiados"— servimos a nuestro país cada cual en su puesto.

Confieso que he de dar gracias a Dios porque me quiso tratar con más piedad que a Artigas. Mi hijo mayor, que sirvió en el Ejército español, a las órdenes de Franco, desde el día 8 de septiembre de 1936 hasta que terminó la guerra, y varios años después, los que le tocaron, volvió a casa sin haber sufrido el menor contratiempo. El hijo mayor de Artigas, llamado también Miguel, murió como alférez provisional de Artillería en el frente de Teruel. Los papeles que llevaba encima lo mostraban ya como un buen escritor, en espiga florecida, que segó implacable una estúpida bala de cañón; y aquella bala cortó tam-

bién la salud del padre, que si supo que “dulce et decorum est pro patria mori”, no pudo evitar la tremenda impresión de ver a su hijo deshecho como una astilla seca arrojada al fuego. Cuando se cumplía el primer aniversario del tránsito del hijo, y a Zaragoza acudía el padre para asistir a los funerales, la enfermedad traidora apareció y lo puso en trance de muerte. Salió maltrecho, tal como lo hemos visto en las pocas sesiones nuestras a que concurrió, en las que se le notaba que el espíritu estaba pronto, pero la carne andaba enferma. Y, por añadidura, un cargo político, la Dirección General de Archivos y Bibliotecas, que ocupaba desde 1939, le absorbían las energías que le restaban.

La obra literaria de Artigas es casi toda del campo de la erudición. Formado en Salamanca, y más aún en la Biblioteca de Menéndez Pelayo, dedicó sus afanes a dar a conocer textos como el *Libro de miseria de hombre*, última muestra de la cuaderna vía; editó textos para los Bibliófilos Españoles como el *Viaje felicísimo*, de Calvete de Estrella, o las *Memorias* de Ulloa y Pereira. En la Biblioteca selecta de nuestra Academia dió el ejemplar de las *Poesías de Fray Luis de León* con las notas marginales que D. Marcelino le había puesto pensando en su libro sobre el gran poeta. Hizo estudios críticos, como los de Mudarra y Avellaneda, y de Góngora; reprodujo colecciones epistolares notables, como la de Gallardo, en nuestro BOLETÍN. Y, sobre todo, se dedicó con agradecida diligencia de discípulo mediato a pregonar la excelente labor de D. Marcelino. El dijo lo que era y lo que representaba la Biblioteca de Santander; él hizo varias versiones de la vida del maestro, la última y más interesante la titulada *La Vida y la obra de Menéndez y Pelayo* (1939); él recogió las páginas más hermosas del insigne escritor, que fueron aliento espiritual de la generación que hacía la guerra pasada, en el ameno libro, impreso en Zaragoza, *La España de Menéndez Pelayo* (1938). Y bajo su dirección, con la inteligente colaboración de D. Enrique Sánchez Reyes, su continuador en la Biblioteca de D. Marcelino, se inició la edición nacional de las *Obras completas* de éste, que está llevando a cabo el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Artigas, que solamente había visto alguna vez de lejos a

D. Marcelino —igual que yo, y los demás compañeros de promoción a quien él, como jefe superior del Cuerpo de Archiveros, nos dió posesión en julio de 1911— fué el más afecto discípulo del gran maestro, orientado por las mudas y persistentes lecciones que los escritos de D. Marcelino, impresos e inéditos, le dieron constante y diariamente en las horas tranquilas de la vida santanderina. El llegó a conocer en todos sus repliegues el espíritu del maestro, abierto en las cuartillas originales de sus escritos; él recogió en Santander, de la tradición oral, las noticias anecdóticas que corrían sobre el genio literario de D. Marcelino, y las guardó en sus publicaciones; él alcanzó a vislumbrar la causa ideológica de la oposición sistemática de ciertos sectores de la intelectualidad española a D. Marcelino, de aquella especie de campaña de silencio que desalentaba a ratos al autor de los *Heterodoxos*, dolido de que tan escasa atención se prestara a sus escritos por sus contemporáneos.

El entusiasmo y el esfuerzo constante de Artigas por los escritos de Menéndez Pelayo tuvo su premio y su Tabor desde 1936. Las ideas del maestro sobre la España eterna, sobre aquel pueblo cuyo brillante paso por la historia de la cultura supo él describir con mano maestra en el famoso epílogo de los *Heterodoxos*, alentaron a los pechos españoles, que se rompían en Teruel por Dios y por España, o que resistían en el Ebro las furiosas embestidas de los extranjeros y de los extranjerizantes.

“No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma nación —decía Menéndez Pelayo—; pero mientras sus elementos esenciales permanezcan los mismos, por lo menos en las últimas esferas sociales; mientras sea capaz de creer, amar y esperar; mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde alguna memoria de lo antiguo, y se contemple solidaria con las generaciones que la precedieron, aun puede esperarse su regeneración; aun puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, torne a brillar para España la gloria del Señor, y *acudan las gentes a su lumbre y los pueblos al resplandor de su Oriente.*”

Con gran satisfacción pudo Artigas contemplar en el entusiasmo de los días zaragozanos de 1937 que España era todavía “capaz de creer, amar y esperar”, como descaba desalentado

el maestro. Pero como suele ocurrir tantas veces en la vida, el discípulo que tanto disfrutara con ver difundidas y apreciadas las ideas y doctrinas del maestro, apenas ha podido gozar de su triunfo, y realmente pocos volúmenes habrá podido leer de la Edición Nacional de Obras Completas, iniciada bajo su dirección, y que ha consagrado el magisterio de D. Marcelino. La estúpida bala de cañón que en las cercanías de Teruel segó en flor la vida del hijo amado, cortó, a la vez, la salud espiritual del padre y truncó la suerte del erudito, que había hecho como un sacerdocio su misión de evangelizar con los escritos del autor inmortal de los *Heterodoxos*. La Real Academia sufrió también con ello la pérdida de uno de sus más queridos miembros, de un hombre sencillo, afectuoso y bueno, a quien recordaremos siempre con cariño. El me recibió en esta Casa, en nombre vuestro; la Divina Providencia ha dispuesto que sea yo quien os pida una oración por el fraternal amigo que acabamos de perder ¡Acatemos sus inexcrutables designios!

ANGEL GONZÁLEZ PALENCIA.